

PRESENTACIÓN

ARQUITEXTOS ha llegado a su edición número 31 en 23 años, lo cual, para una revista exclusivamente académica dedicada a la arquitectura, en nuestro medio, es un número difícil de superar. Más aún cuando esta no cuenta con ningún patrocinio económico ni comercial. Su mejor patrocinio es el deseo de todos los miembros de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de mantenerla vigente. De hecho, nuestra revista se sustenta en la contribución de miembros de nuestra facultad, colegas, amigos y colaboradores externos, que con su respaldo y valiosas reflexiones contribuyen a la vigencia de un medio impreso dedicado a la discusión de temas relacionados con la arquitectura, la ciudad y el territorio.

Lo más relevante es que, a pesar de solo contar con el apoyo de la comunidad de estudiantes y profesores, ARQUITEXTOS ha traído para nuestra facultad diversos reconocimientos por la calidad de su producción. Tal es el caso de haber participado en la etapa final del concurso de publicaciones en la X Bienal Iberoamericana de Arquitectura y Urbanismo organizada por el Ministerio de Vivienda del Gobierno de España y, recientemente, la mención honrosa lograda en la XVII Bienal Nacional de Arquitectura, Urbanismo y Artes, organizada por el Colegio de Arquitectos del Perú.

Por todo ello, ARQUITEXTOS es una de nuestras mejores cartas de presentación, tanto en el proceso de licenciamiento en el que está incurso nuestra institución universitaria, como en el proceso de acreditación a cumplirse en el corto plazo, requerimientos establecidos por la nueva Ley Universitaria. A propósito de los requerimientos de exposición y difusión de nuestra producción académica, nuestra facultad se encuentra en una fase de ampliación de sus publicaciones mediante la creación de un fondo de ediciones, teniendo previsto para el 2017 el lanzamiento de diversos textos universitarios y dos revistas más, correspondientes al Departamento Académico y al Laboratorio de Acondicionamiento Ambiental. Como parte de estos cambios, que implican nuevos retos y exigencias, ARQUITEXTOS ha variado su formato y contenido, en el camino a convertirse en una revista científica, con todos los requisitos que para ello deben cumplirse.

Una vez más, esta nueva edición de ARQUITEXTOS permite reflexionar y profundizar en temas de arquitectura, urbanismo y paisajismo, a partir de la propuesta de los responsables de nuestra revista, centrada esta vez en el tema del paisaje natural y cultural, haciendo hincapié en el paisaje urbano, tema que para algunos teóricos es parte de la descripción del espacio urbano, una síntesis de los efectos de los objetos físicos y perceptibles, mientras que para otros es un conjunto de influencias que interactúan sobre la comprensión más profunda del espacio, como es el caso de su significado histórico, sus funciones e inclusive la interacción de los grupos sociales de una ciudad o parte de ella. Es lógico pensar en las grandes posibilidades que tiene el diseño urbano en nuestro medio para reforzar ciertas imágenes y, por ende, el significado de nuestros espacios.

En este contexto, nuestros colaboradores exponen diversos temas de interés, que van desde la interpretación del paisaje simbólico en la cultura andina, pasando por la revisión del marco teórico del paisaje urbano hasta llegar a ofrecer algunas reflexiones específicas. Finalmente, se presenta un ensayo sobre nuestro reconocido maestro y ex decano, el recordado Ernesto Gastelumendi, quien aportó mucho a los inicios de la discusión del tema paisajista en el Perú.

ARQUITEXTOS, desde este número, se renueva y adquiere mayor rigor académico. Como en los anteriores, se reafirma en su objetivo primigenio, esto es, ser un vehículo de discusión plural y libre de interferencias que condicionen su línea editorial. La mejor muestra de lo citado es que nuestra revista ha definido, desde sus números iniciales, ediciones temáticas, las que han permitido reflexionar y profundizar con total libertad, en diversas áreas de la arquitectura.

Nuevamente, me cabe la satisfacción de expresar en nombre propio y de los miembros de la comunidad universitaria, nuestro profundo agradecimiento y efusiva felicitación a los responsables de la conducción y materialización de la revista con la salida de este nuevo número de ARQUITEXTOS.

Oswaldo Velásquez Hidalgo
Decano

EDITORIAL

El concepto del paisaje nace de la relación del ser humano con la naturaleza, de los significados que le otorga a los elementos que lo rodean, sean estos vivos o inertes, estáticos o en movimiento. Los testimonios de las primeras reacciones son de temor, de recogimiento, de admiración, de embeleso. El hombre primitivo, al encontrarse inerme ante las fuerzas de la naturaleza, las diviniza o, cuando menos, las venera y les rinde pleitesía. Cuando surgen las primeras civilizaciones, las reacciones se diversifican. La naturaleza provee de alimentos, posibilita el establecimiento de construcciones para las diversas funciones de la vida, en algunas ocasiones se convierte en un medio de transporte; pero también posee cualidades fuera de lo utilitario, en la medida que su sola contemplación brinda sensaciones placenteras.

Este es el punto de partida para alcanzar el rango de objeto estético. La principal limitación de este valor es su fugacidad, de manera que, según el desarrollo cultural de cada sociedad, se tomarán diversas medidas para perennizar estos sublimes momentos. Una de las más comunes respuestas será la pintura, la reproducción a través de pigmentos de escenas admirables de la naturaleza; en otros casos, sobre todo cuando intervienen los gobernantes de una sociedad, se pretende reproducir la naturaleza de diversas maneras: desde la creación de jardines, pasando por los parques, hasta los bosques y las reservas. En este caso, dependerá de los cimientos culturales de cada sociedad e, incluso, del momento histórico en que se lleva a cabo el intento de reproducción de los mejores efectos de la naturaleza. Porque no se trata solo de replicar pasivamente, a otra escala, las características del ambiente donde se asienta la sociedad, pues la representación de la naturaleza se basa en la manera de pensar y valorar la realidad natural, aplicando criterios de orden, simetría, exuberancia o adustez, armonía o desborde, y muchas otras expresiones desprendidas de aquello que la sociedad considera más valioso.

Cuando aparecen las ciudades y se vuelven los lugares en los que el ser humano se instala de por vida, las relaciones se tornan más complejas; más aún cuando las ciudades se convierten en urbes y luego en metrópolis. Surge así una nueva dimensión en la relación con el entorno, un entorno acondicionado gracias a la capacidad del ser humano de modificar la naturaleza y construir su propio hábitat. En tales circunstancias, aparece en algún momento la necesidad de crear espacios gratos en términos perceptuales y sensoriales, integrando en lo posible la naturaleza a lo construido, o recreándola, para configurar el paisaje urbano. En estos espacios plasma sus deseos, aspiraciones y necesidades físicas y psicológicas, que redundan en objetos de características propias, a tal punto que pueden llegar a constituirse en señales a través de los cuales se identifica una sociedad.

Así, a lo largo de la historia se han llevado a cabo realizaciones imperecederas en este campo: los Jardines Colgantes de Babilonia, los bosques de la Ciudad Prohibida en Pekín, los jardines de Versalles, el Central Park de Nueva York, los jardines japoneses, y tantos otros lugares. Estos, y todos los esfuerzos por reproducir la naturaleza, o el entorno donde

se desenvuelve la vida humana, para plasmar una idea o concepto estético, han dado lugar con el tiempo a una disciplina bautizada como paisajismo, diseño paisajista, arquitectura del paisaje u otras denominaciones que tienen en común el establecer principios, lineamientos y criterios para llevar a la práctica el manejo de elementos naturales y contruidos destinados a provocar emociones gratificantes en quienes los contemplan, además de efectos colaterales, de tipo utilitario, de símbolos de poder u otras manifestaciones afines.

En nuestro país, en su origen, la naturaleza estaba integrada con las divinidades. Los apus, seres sobrenaturales que se manifiestan como elementos terrenales –una montaña, una laguna, por ejemplo– demandan una veneración que se ha prolongado hasta nuestros días, no obstante las campañas de extirpación de idolatrías y la sustitución de las creencias andinas por las cristianas.

Como una de las expresiones más visibles de la fusión de las creencias andinas con la naturaleza, el primer artículo de este número 31 de ARQUITEXTOS dedica sus páginas a un acercamiento al complejo y siempre renovado tema de las relaciones de la arquitectura con el paisaje, desde una perspectiva de la cultura andina. Su lectura nos introduce en las múltiples facetas de la ancestral relación naturaleza-divinidades; en este caso, en una etapa poco familiar para el lector promedio: las sociedades del formativo inicial (3500-1,600 a.C.),

En el artículo, se enfatiza la utilización de símbolos dentro de un sistema de pensamiento de interacción cultural sostenida por afinidades religiosas, relacionadas con lo tectónico, lo telúrico y lo ambiental o ecológico. En general, se atiende principalmente el intento de domesticación del espacio con fines de una recreación simbólica del paisaje que, por supuesto, de alguna manera hemos heredado.

En otros casos, las construcciones de la época prehispánica destinadas al culto de sus dioses se constituyen en sí mismas como elementos integrados al paisaje de la ciudad. Así, las huacas, construcciones “sagradas” para los quechuas pero cuya denominación se ha hecho extensiva a los monumentos arqueológicos en general, son elementos contruidos que, en algunos casos, son integrados a su entorno, de manera axial en un espacio público, gracias al trabajo multidisciplinario de arqueólogos, arquitectos, paisajistas y restauradores, como el caso de la Huaca Huantinamarca, en San Miguel, Lima, proyecto que presenta su autora.

Los diversos niveles de tratamiento de esta huaca, y los casos de creación de espacios públicos urbanos utilizando construcciones semejantes con criterios estéticos, son el resultado de las concepciones sobre el paisajismo traídas originalmente por los españoles, y posteriormente enriquecidas por las diversas corrientes de occidente. Tales pensamientos y sus respectivas prácticas se han arraigado sobre todo en el ámbito urbano, a tal punto que es difícil pensar en un acercamiento al paisaje urbano limeño o de cualquier otra ciudad, que no tenga como base del proceso visiones culturales occidentales; aunque en los últimos tiempos, nuevas experiencias se están desarrollando teniendo como base la necesidad de integrar perspectivas culturales propias.

En dos artículos se presentan reflexiones desde el punto de vista teórico sobre el tema del paisajismo y la arquitectura. Estos son “El discurso de lo bello y la acción de enfatización en la arquitectura del paisaje” y “Un recorrido por el pensamiento sobre el paisaje urbano”, cuyos títulos reflejan claramente su contenido, aunque no la riqueza y virtudes de sus planteamientos.

En el primer caso, en esencia, se muestra la relación existente entre el discurso de lo bello y la acción de enfatización en la arquitectura del paisaje, definiendo previamente lo que se entiende por discursos y acciones. A partir de estas consideraciones, se centra en el contraste entre utilidad y belleza, y circunscripción y enfatización. De esta manera, incursiona en la disciplina del diseño urbano, advirtiendo que por ser sus nociones conceptos, principios y criterios, lo que denomina un archipiélago de territorios desconectados, aún no es posible separar de manera definitiva lo trascendente de lo efímero, lo importante de lo accesorio, lo eficaz de lo inútil.

El segundo artículo mencionado, se propone efectuar un recuento crítico de las ideas en torno al paisaje urbano nacidas y desarrolladas durante el último siglo y medio, abordando el pensamiento de Camillo Sitte, Gordon Cullen, Kevin Lynch, Rob y Leon Krier, entre los principales. A partir de ello, el autor presenta guías, directivas y recomendaciones en cuanto al diseño de las ciudades. El recuento de ideas y teorías sobre las relaciones entre la arquitectura y el paisaje concluye con la advertencia de que desde fines del siglo pasado el tema del paisaje urbano ha incorporado conceptos de ecología, de modo que los atributos del paisaje son observados, descritos, analizados e incluso prescritos desde esta visión, aunque siempre asociados a los dominios de la estética.

Desde Francia, los autores del Transformateur –“los amigos del transformador”–, postulan un proyecto que tiene como objetivo aprovechar la naturaleza, “invadiendo” esta las construcciones subsistentes; al revés de lo que ocurre generalmente, en que los paisajes se ven atacados y estropeados por la urbanización, por construcciones, instalaciones y zonas comerciales. Sus autores consideran que en el presente siglo se están elaborando nuevas visiones y propuestas en torno al paisaje que, en su caso, se trata de una nueva relación con los materiales, con las texturas, con las superficies que se asientan o cubren el territorio.

Como es casi inevitable, Lima concentra la mayor atención de los trabajos. En un artículo se sustenta cómo la demolición de la muralla que la circundaban desde el siglo XVII fue el punto de partida del primer intento de dar una nueva configuración urbanística a Lima, traducida en nuevos espacios públicos, un trazado vial acorde con las tendencias de expansión urbana y los inicios de una arquitectura distinta a la proveniente de la colonia. En otro caso, el trabajo se centra en la presentación de El Olivar de San Isidro, uno de los escasos lugares de Lima en que se puede contemplar la naturaleza y satisfacer las inquietudes de sus usuarios, como la recreación y el disfrute, tanto visual como cultural y social. El otro caso es el proyecto paisajístico de la ya mencionada Huaca Huantinamarca.

En el ensayo "Intervenciones artísticas en el paisaje peruano", su autor, al cabo de un recuento de cuestiones referidas a la relación paisaje y sociedad, se orienta de preferencia al tema del paisaje natural y las intervenciones artísticas que se han producido –y se producen– en ella, centrándose en el denominado Land Art –arte de la construcción del paisaje–, corriente que se desarrolla sobre todo en los años sesenta del siglo pasado, y que engloba obras que se expresan en el espacio exterior, sometidas a la acción de los elementos de la naturaleza, por lo general fuera de las ciudades. Para algunos, es una integración de escultura, arquitectura y paisajismo, que pretende alterar, en un sentido artístico, el territorio y hacer legibles los lugares; en esencia, enfatiza la interacción del ser humano con el ambiente mediante una obra artística. La idea es encontrar canales de diálogo entre el arte y la naturaleza, que redunden en una reinterpretación del paisaje.

El artículo se refiere a intervenciones artísticas en el paisaje, ya sean permanentes o efímeras, que siempre dejan huellas, de corta o larga duración. A veces, debido a la erosión y los procesos naturales en el tiempo, se desvanecen, se diluyen hasta desaparecer como presencia física. De cualquier forma, las propuestas artísticas que intervienen en el paisaje natural lo enriquecen, le dan un nuevo significado. Como dice su autor: "Se revalora desde lo que hemos agregado en él, de lo ausente y lo presente, de lo que se quitó o se agregó, de lo que se perdió y se ganó".

En el caso del artículo en torno a The Floating Piers, el autor del texto señala que este es un trabajo en el que se combina la presencia de un paisaje natural y el uso de la tela para envolver o cubrir superficies. Si bien los trabajos anteriores de los artistas Christo y Jeanne-Claude contemplan estos elementos en diferentes medidas, las relaciones producidas entre la intervención, el paisaje y el espectador han sido visuales, enfatizando la escala del paisaje o la escala monumental de la arquitectura, para mostrarlo al público como un cuadro o una escultura.

En este caso, el proyecto ofrece un óptimo manejo del paisaje, en donde el escenario elegido (el lago, las islas y las calles del centro urbano) no pierde sus características con la intervención, no se ve invadido ni arruinado, sino, por el contrario, existe una excelente convivencia entre la naturaleza y el artificio creado por los artistas que responde bien a una doble escala: la natural del paisaje y la peatonal, asegurándose la participación de los visitantes.

Como colofón, ARQUITEXTOS 31 ofrece un homenaje a la figura de Ernesto Gastelumendi Velarde, quien fuera el introductor de la disciplina de la arquitectura paisajista en nuestro país, y docente por muchos años en nuestra Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Por ello, y por sus demás actividades en el campo del diseño y del urbanismo, fue maestro de muchas generaciones, a las que inculcó los fundamentos de una disciplina inédita hasta entonces en nuestro país.

Roberto Reyes Tarazona

Director